

Antes le vigorizaban las conquistas: ya sólo es fuerte por medio del desarrollo de las artes, sólo es grande por medio del cultivo de las ciencias.

La inteligencia, que sigue á la sociedad en todas sus vicisitudes, y que para dominarla obedece á la ley de todas sus transformaciones, se transforma entonces también: del estado espontáneo pasa al estado reflexivo; ya no es el representante de la inteligencia social el hombre que canta y el hombre que vence, sino el hombre que medita y el hombre que enseña; el sacerdote hereda el poder del bardo, y el legislador el del caudillo; la inteligencia social pasa á las bóvedas del templo y abandona las cuerdas de la lira.

Tal es la historia, señores, de todas las sociedades asiáticas; con efecto, ¿cuál es el organismo interior de la sociedad de la India? Tres castas la constituyen principalmente: la casta de los vencidos, que es una casta impura y una casta de maldición, porque es la casta de los débiles y de los ignorantes: la de los guerreros, que es la casta de los conquistadores y la de los brahmas, es decir, la casta de los sacerdotes. Los vencidos eran esclavos de los guerreros porque la debilidad es esclava de la fuerza: los guerreros obedecían á los brahmas porque los fuertes deben obedecer á los sabios: los brahmas sólo obedecían á Dios porque la inteligencia sólo debe obedecer á la razón absoluta: la inteligencia del hombre sólo debe obedecer á la inteligencia divina.

El Egipto, que es para nosotros todavía un enigma obscuro y un jeroglífico inmenso, porque no fué visitado por los griegos sino después de la era de los Faraones, era que duró mil años, durante los cuales se desenvolvió la civilización egipcia en toda su pureza, nos presenta, sin embargo, el mismo espectáculo que la India; dividido en castas también, la de los sacerdotes es la que rige á la sociedad con un cetro de hierro: en el Egipto como en la India, y en la Persia como en la India y en el Egipto, los reyes estaban condenados á una perpetua tutela; los sacerdotes, únicos depositarios del saber, porque eran los

únicos herederos de las tradiciones de los siglos, velaban sobre su conducta, ejercían un poder censorio sobre todas sus acciones, y arreglaban hasta los menores detalles de su vida. Así, señores, en las sociedades asiáticas el pueblo era esclavo de los reyes, los reyes esclavos de los sacerdotes: los tronos pesaban sobre los pueblos: los altares pesaban sobre los tronos: la sociedad era esclava del poder, pero la sociedad y el poder eran esclavos de la inteligencia.

Si en este período social se presenta un hombre favorecido del cielo; si en su frente predestinada se descubre el genio del legislador y la inteligencia del sacerdote; si al mismo tiempo que se ciñe la cuchilla del sacrificio lleva en sus manos las tablas de la ley, ese hombre sólo encontrará delante de sí frentes que se prosternan, voluntades que le obedezcan, ecos que respondan á su voz, esclavos que le sigan, y un pueblo, en fin, que le ensalce. Tal fué Moisés cuando envolviendo su planta la tempestad, y ceñida su frente de rayos, se apareció á los ojos del pueblo de Israel allá en las crestas del Sinaí. Tal fué el pueblo judío cuando prosternado y atento al drama maravilloso, cuyos únicos actores eran su Dios y su profeta, vió al último avanzarse lenta y majestuosamente como un destello sublime de la inteligencia divina.

Ahora bien, considerándole filosóficamente, Moisés es para el pueblo de Dios lo que Odín para los pueblos escandinavos. El primero es el representante de la inteligencia propia de una sociedad que se emancipa, que sale del período espontáneo y pasa al período reflexivo de la vida de las sociedades humanas, como el segundo lo es de la inteligencia propia de una sociedad que nace. Odín subyuga como bardo y manda como guerrero; Moisés domina como legislador y subyuga como profeta.

En fin, señores, si recorremos el código de Moisés y los demás códigos de todos los legisladores del Asia, observaremos que un mismo carácter los distingue, porque son siempre la expresión más universal y completa de todo el saber humano en aquellos tiempos tenebrosos, en aquellas edades oscuras.

El dominio del legislador es en ellas omnímodo, absoluto; el hombre físico como el hombre moral, la tribu que abarca al hombre como los hombres que constituyen la tribu, todos reciben la animación y la vida de su vasta inteligencia. El hombre como la familia, la familia como la sociedad, obedecen á sus fórmulas; nadie resiste, nadie tiene la voluntad de resistir al impulso de su acción, porque su acción es inteligente, porque su acción es social, porque su acción es civilizadora, porque él es la inteligencia misma ¹.

La inteligencia, pues, domina así en las sociedades que se reposan, como en las sociedades que nacen; así en las sociedades inmóviles y eternas del Asia, como en las sociedades turbulentas del Norte de Europa; así en las nebulosas playas del Báltico, como en las riberas pacíficas del Indo. Abandonemos ya estas regiones, y consideremos antes de concluir esta lección á la Grecia, reservándonos para la lección próxima consultar la historia de nuestros días.

La historia de la Grecia puede dividirse en tres grandes períodos: el período de su infancia, el período de su virilidad y el período de su más completo desarrollo. El período de su infancia es el período de la poesía; el período de su virilidad es el período de sus legisladores y de sus Constituciones; el último es el período de los filósofos. El primer período pertenece al dominio de la fábula; los otros al dominio de la Historia. Pero la fábula, como la Historia, pertenecen, señores, al dominio de la Filosofía; ella es la emanación más pura, la expresión más ingenua del estado primitivo de las sociedades humanas ².

Ahora bien, señores: en la infancia de la Grecia, tal como la fábula la pinta, yo no veo más que bardos que constituyen la sociedad, y guerreros que la robustecen con victorias. Anfión recibe una lira de las manos de Apolo, y á los sonidos

¹ De ningún legislador que no sea Dios puede decirse que sea la inteligencia misma. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² Error manifiesto; la Filosofía no es sino la ciencia de las verdades supremas adquirida con la luz de la razón. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

mágicos de su lira encantadora se alzan los muros de Tebas. Orfeo recibe otra lira de un dios, y con sus suavísimas vibraciones las piedras se conmueven, los bosques silenciosos murmuran, las fuentes gimen y el trance fiero se doma, porque toda la naturaleza canta y los mármoles suspiran. Y si, abandonando la tierra, penetra en el bátratro profundo y en la región oscura de la muerte, allí también, con las vibraciones de su lira, el cancerbero enmudece, las serpientes no agitan sus anillos, la rueda de Ixion se para, Tesifone cede á sus cantos, las tinieblas huyen, los tormentos se suspenden, y el reino de Plutón y Proserpina deja de ser la mansión del silencio y la mansión de los dolores.

Y ved cómo la Grecia, obedeciendo á la ley de todos los pueblos infantes, hace su aparición en el mundo cuando el canto del poeta inunda su seno de armonía. Toda sociedad infante se constituye por medio del canto, se robustece y se dilata por medio de la guerra; por eso toda sociedad infante tiene su bardo y tiene su caudillo; por eso la Grecia que inmortalizó al poeta tebano y al legislador de la Tracia, inmortalizó también á Hércules, á Aquiles y á Teseo. El período de su infancia, que comienza con el bardo de Tebas, concluye con el bardo de Esmirna. ¡Magnífico período, señores, el que comienza con Anfión y concluye con Homero! Con Homero, sol resplandeciente de la inteligencia inspirada, sol que no tiene ocaso, sol que brilla inmortal en el horizonte de los pueblos y en la extensión de los siglos.

Entramos ya en el segundo período de la Grecia, en el período de sus Constituciones; éste es el período de Licurgo y de Solón; el período en que estos dos grandes hombres imponen su personalidad á dos grandes ciudades: á la aristocrática Esparta y á la democrática Atenas. Cito este período para que observéis conmigo, señores, que las leyes del mundo moral, como las del mundo físico, son constantes, determinadas y fijas. Con efecto, si la Grecia infante, obedeciendo á la ley de la infancia social, se sometió á la inteligencia representada por

el bardo y el guerrero, la Grecia viril, obedeciendo á la ley de la virilidad de las naciones, se sometió, como se sometieron las sociedades asiáticas, á la inteligencia, no representada ya por el guerrero y el bardo de una tribu errante, sino por los legisladores de los pueblos. Sin embargo, si la humanidad es siempre idéntica á sí misma porque está sujeta á leyes idénticas y providenciales, es también diferente de sí propia porque está sujeta á otras leyes que continuamente varían. Por eso la Grecia, que se parece á la India porque reconoce como ella el dominio de la inteligencia, forma un contraste visible con la India porque reconoce el dominio de una inteligencia diferente en su forma de la inteligencia reconocida por todas las sociedades asiáticas. La Grecia como la India obedece á la inteligencia representada por sus legisladores: ved ahí lo que constituye su identidad; pero los legisladores de la India pertenecen á la clase privilegiada de los brahmas, y los legisladores griegos pertenecen á la clase común de todos los ciudadanos: ved ahí lo que constituye su diferencia. Este segundo período, en que los griegos se fijan por medio de las leyes y se ponen en contacto con el mundo por medio de sus colonias, tuvo fin con la fundación de Bizancio, verificada 658 años antes de Jesucristo.

Aquí principia la era de los filósofos, porque concluye la era de los legisladores. Este período se dilata hasta la batalla de Queronea, y es el más grande, el más fecundo, el más bello entre todos los períodos bellos, fecundos y grandes de la Historia. La sociedad en él no obedece á la inteligencia representada por un bardo ó un guerrero, ni á la inteligencia representada por un legislador, sino á la inteligencia representada por la Filosofía. La inteligencia en él no es el patrimonio exclusivo de un hombre inspirado por los dioses: es el derecho común de todos los hombres de talento: la inteligencia pasa del templo de la Divinidad al hogar de la familia.

Para que pueda comprenderse mejor el influjo de los filósofos en la sociedad griega durante el período que describo, me

permitiréis que haga aquí algunas observaciones que considero útiles y que son quizá necesarias.

La esfera de la legislación varía en cada uno de los períodos en que se divide la historia de los pueblos. La legislación de los pueblos infantes, y la de los pueblos sujetos al yugo de la teocracia, absorbe en su seno, no sólo á la sociedad, sino también á los individuos que la forman, y arregla, no sólo la vida pública del Estado, sino también la conducta privada de los hombres; porque, á los ojos del legislador, la legislación y la moral, las costumbres y las leyes, son una cosa misma¹. Pero cuando la sociedad pasa del período de su infancia á su período viril; cuando la inteligencia, no cabiendo ya en un templo, se derrama en las ciudades; cuando, oprimida con la túnica del sacerdote, viste el manto del filósofo, entonces las leyes y las costumbre se separan, la legislación habita en el foro, la moral se refugia en los hogares domésticos y se desarrolla espontáneamente en el seno de la individualidad humana.

Ahora bien, señores, cuando las leyes no arreglan las costumbres; cuando los legisladores se declaran incompetentes para juzgar de la moralidad de las acciones, una nueva institución es necesaria para que vele sobre la moral que los legisladores no dirigen, para que conserve en su primitiva pureza las costumbres que los legisladores abandonan. La república romana, cuya constitución es la más robusta y la más fuerte entre todas las constituciones del mundo, y cuyo instinto por todo lo que engrandece y conserva no la engañó jamás en ninguna de las vicisitudes de su portentosa historia, encontró un remedio á la incompetencia de las leyes en el tribunal de la familia y en el tribunal de los censores. El mundo cristiano ha encontrado un remedio á esa misma incompetencia en la predicación confiada al sacerdocio. En la sociedad griega, el legislador era ya incompetente para abarcar en el círculo estre-

¹ Error también; las leyes humanas están basadas en la ley natural, conocida de todos los hombres, antes y con independencia de los legisladores civiles, mediante la luz de la razón.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

cho de las leyes la moral privada que conserva pura á la familia, y la moral pública que verifica y que hace fuerte el Estado: el tribunal censorio que hubiera podido suplir á la insuficiencia de las leyes no existía, y la predicación que hubiera suplido con ventaja al tribunal de los censores, no podía existir sino con el Cristianismo. El trono del mundo moral estaba, pues, vacante: los filósofos y los poetas dramáticos le ocuparon entonces, y compartieron entre sí la enseñanza de la moral y la dirección de las costumbres¹. Los primeros las dirigieron en las escuelas: los segundos en los teatros. Los primeros las dirigieron por medio de las teorías sobre la naturaleza de la Divinidad y sobre la naturaleza del hombre: los segundos por medio de sus tragedias, en las que condenaban los grandes crímenes á espantosos infortunios. Los primeros las dirigieron perfeccionando la razón: los segundos trazando límites á la voluntad humana. Los primeros las dirigieron ensanchando el horizonte de la inteligencia: los segundos sacrificando las pasiones subversivas en el altar de las Euménides.

¿Cuál fué el espectáculo que ofreció entonces la Grecia dominada por la Filosofía? Un espectáculo único en los anales de la humanidad, señores. El espectáculo de un pueblo á quien agobian los laureles, porque cada uno de sus hijos teje para su sien una corona. Coronas la ciñen los vencedores en Maratón, en Salamina y en Platea. Laureles la da Herodoto cuando en los juegos olímpicos es tan grande como Júpiter improvisando á Minerva; porque, contando sus combates, él improvisa la historia. Laureles la dan el fundador de la Academia, y el fundador del Liceo, cuando en su vuelo sublime recorren el horizonte de la inteligencia humana, y cuando obedeciendo á su voz, se hace ateniense también el genio de la Filosofía. Laureles la dan los que, inspirados por los dioses, animando los mármoles y el lienzo, obligan al genio de las artes á que habite en el Partenón, abandonando el Olimpo. Y como si la faltase aún

¹ No es, pues, maravilla que tan mal paradas salieran, por lo general, de tales centros la enseñanza y la dirección de las costumbres.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

una bella flor para su espléndida corona, nace Demóstenes, y con él invade la plaza pública majestuoso y sublime el genio de la tribuna.

Este fué el último y el más ilustre de todos los ciudadanos, señores. Un nuevo espectáculo se ofrece á nuestros ojos. Los historiadores han desaparecido. Los filósofos han desaparecido. Los artistas han desaparecido. Los guerreros han desaparecido. Los oradores han desaparecido también. La Grecia está huérfana, porque la inteligencia ha abandonado sus hogares. La Grecia arrastra los lutos de la viudez, porque la ha abandonado la gloria. Sus laureles se secan, porque yacen en el sepulcro todos sus grandes ciudadanos. La Grecia desfallece, porque para consolarla en su orfandad cercan su lecho de dolores los sofistas: los sofistas, que aparecen siempre para conducir al sepulcro á los pueblos agonizantes cuando la inteligencia los abandona y los condenan los dioses. Ellos dieron la cicuta á Sócrates; ellos condujeron á su patria como la víctima al altar á los funestos campos de Queronea, ancho sepulcro de su gloria.

Señores, los sofistas han vuelto á aparecer en la Europa de nuestros días: sofistas fueron los que barbarizaron la Francia, cubriendo su frente de un velo fúnebre y trasladando el cetro de oro que dirige su destino, de una aristocracia inteligente, á las masas populares: sofistas son los que proclaman hoy los principios disolventes que aquellos sofistas proclamaron: sofistas son los que, no concibiendo el poder sin el despotismo, ni la libertad sin la anarquía, no pueden mandar sin ser tiranos, ni saben obedecer sin ser conspiradores.

Pero su última hora suena ya: la juventud de nuestros días, que avanza pensativa y silenciosa, purgará á la tierra de monstruos. Su misión es grande, es magnífica, es sublime: para cumplirla debe meditar incansable en los principios eternos del mundo moral: debe consultar con ojos ávidos la Historia; debe aplicar un atento oído al estruendo de las revoluciones, y debe pedir á los siglos que la revelen los secretos de las

edades pasadas. Cuando se lance al estadio político después de haber puesto un término á este combate solitario, triunfará, señores: triunfará, marchando impávida con el desdén en los labios y la gravedad de la inteligencia en la frente, entre la guillotina y la hoguera, entre el inquisidor y el verdugo ¹.

¹ Declamación excusable en un joven como era Donoso cuando pronunció esta frase, imbuído por lo visto en las preocupaciones del liberalismo contra el Tribunal Santo de la Fe.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

LECCION OCTAVA

(31 DE ENERO DE 1837)

CONTINUACIÓN DEL MISMO ASUNTO

SEÑORES:

Antes de bosquejar rápidamente el cuadro del desarrollo de la inteligencia en la Europa de nuestros días, como prometí en la lección del martes último, me permitiréis que diga dos palabras sobre Roma. La historia es bella contemplada desde el Capitolio. Suprimidle, y es incomprendible la historia. El pueblo rey, que le habitó en otro tiempo, dictó sus leyes al mundo; ¿cómo, pues, ha de conocerse la historia del mundo si no se conoce también la historia de sus señores? Sin embargo, como yo no haré más que saludar de paso al coloso para rendir homenaje á su grandeza, os indicaré los escritores modernos que, en mi entender, debéis consultar detenidamente para comprender la historia de Roma. Y cuando hablo de los escritores modernos, no es porque me olvide de los historiados antiguos, sino porque los orígenes de Roma han sido más conocidos por los eruditos de nuestros días que por los escritores romanos. Este fenómeno es fácil de explicar. Roma, que se ocupó más en producir guerreros que historiadores; que se ocupó más en dar materiales para la historia que en escribirla, no pensó en tener una historia propia sino en tiempo de la segunda guerra púni-